

## MANERAS DE HACER CLASE

*Debo haber nacido para alabar, porque yo no tengo voz más que para esto. Lo demás que sale de mí es áfono o resulta estridente. Pero ¿por qué actualmente se me hace cada vez más difícil encontrar bellas las cosas? ¿Por qué vosotros, los de antes, pudisteis decir sin más: ¡Arriba los corazones!, o lo más sencillo del mundo: ¡Hay tiempo!?*

*¿Y por qué vosotros habéis podido bendecir aún a los que venían después? ¿Y por qué con cada paso que doy me van apartando de vosotros, de modo que ya no puedo dejarles nada de vuestra bendición a nuestros hijos, que detrás del horizonte se mueven ignorantes sobre el abismo?*

Peter Handke

### El drama de la mediación

María Zambrano entiende la tarea del maestro como mediación<sup>48</sup>. El maestro es un mediador, pero de un tipo particular. Además, del mismo modo que Hannah Arendt respecto a la educación, también María Zambrano comienza su texto constatando que la mediación está en estado crítico, y que esa crisis es un síntoma de una crisis general de la cultura y, quizá, de la vida misma, puesto que: “la vida, no es necesario decir social, pues que la vida humana lo es de raíz, y aun la vida sin más, necesita congénitamente mediación”. Por eso cuando una cultura entra en crisis lo que primero se percibe es “la crisis de la mediación en todas sus formas”, entre ellas las que se dan en la escuela, en esa forma particular de

48 María Zambrano, “La mediación del maestro”, en Jorge Larrosa y Sebastián Fenoy (Orgs.) *María Zambrano. Textos pedagógicos*. Barcelona. Publicacions de la Universitat de Barcelona 2002. Todas las citas entre las págs. 109-110.

la mediación y para la mediación que es la escuela. La crisis: “no puede ser sino la crisis de una forma, de una de esas formas de la que depende la suerte de la forma misma de la cultura”.

Por eso es en el aula, ese lugar vacío, y en el maestro, ese que con su presencia y con sus gestos hace que el aula sea aula, donde la crisis de la mediación aparece con mayor nitidez. Y son las nuevas generaciones las que creen delatar la crisis, creen descubrirla, y eso por su repudio de la tradición: “es justamente la historia, incluida la que pudiera ser la suya, lo que más rechazan. Justamente la historia. Comenzar a vivir de nuevo, sin la mediación del tiempo”. Y eso es un problema porque lo que el maestro entrega, dice Zambrano, es: “antes que un saber, un tiempo; un espacio de tiempo, un camino de tiempo. El maestro ha de llegar para dar tiempo y luz, los elementos esenciales de toda mediación”.

El maestro da tiempo, hace tiempo. Primero, porque la escuela es en sí misma una forma institucionalizada de dar tiempo: un espacio para la *scholè*, para el tiempo libre. Segundo, porque el maestro sabe que el mundo no comienza ahora, que los nuevos llegan a un mundo que ya está y, por tanto, sabe que dar el mundo es dar un mundo viejo, envejecido, un mundo anterior, hecho de tiempo y que muestra las huellas, las arrugas y las podredumbres del tiempo; pero también sabe que dar el mundo es la única manera de dar también posibilidades de renovación y rejuvenecimiento del mundo.

Además de un “espacio de tiempo”, la escuela es también un “camino de tiempo”, es decir, un tiempo hecho camino, orientado, convertido, por decirlo también con Zambrano, en método. El método es, en Zambrano, de naturaleza musical. Por eso llama a uno de sus libros *Notas de un método*. Por eso remite el camino, el método, ya desde el inicio, a la melodía y al ritmo. A la melodía como revelación, y al ritmo

como mezcla de continuidad y de discontinuidad<sup>49</sup>. Lo que el maestro maneja, podríamos decir, son artes del tiempo, artes de hacer tiempo, de dar tiempo, de organizar, orientar y ritmar el tiempo. Pero un tiempo que no es suyo, sino que nace del aula:

Ese tiempo que se abre como desde un centro común, el que se derrama por el aula envolviendo a maestro y discípulo, un tiempo naciente, que surge allí mismo, como un día que nace. Un tiempo vibrante y calmo; un despertar sin sobresaltos. Y es el maestro sin duda el que lo hace surgir, haciendo sentir al alumno que tiene todo el tiempo para descubrir y para irse descubriendo<sup>50</sup>.

Como si fuera el aula misma la que hace nacer un tiempo que envuelve a la vez al maestro y al alumno. Como si fuera el aula la que les da tiempo a ambos. Porque el tiempo no nace del maestro sino del aula misma, y la única función del maestro es hacerlo surgir, darle sustancia, melodía, ritmo. Un tiempo a la vez calmo y vibrante. Y un tiempo que tiene que ver con el despertar, pero también y sobre todo con el descubrimiento y con el autodescubrimiento, es decir, con hacer posible que se vea lo que está cubierto, con quitar coberturas, con desvelar y revelar, con la luz y con la visibilidad, con traer a la presencia.

Por eso el aula es también el lugar en el que se ponen en juego distintas formas de iluminar las cosas, de llamar la atención sobre ellas, de hacer que se puedan ver. La maestría del maestro está en saber manejar las artes de la iluminación, las artes del dar a ver. Y de la misma manera que el maestro

---

49 María Zambrano, *Notas de un método*. Madrid. Mondadori 1989. Pág. 12.

50 María Zambrano, "La mediación del maestro". Op. Cit. Pág. 14.

no es el que hace el tiempo, tampoco es el origen de la luz. La luz, como el tiempo, están en el aula misma. No en vano hay un texto de María Zambrano en el que compara el aula, con claras resonancias heideggerianas, al claro del bosque<sup>51</sup>. Ahí dice que la iluminación del aula no puede limitarse a la *clarté* cartesiana, constante y homogénea, a esa “claridad que rechaza las tinieblas sin penetrar en ellas, sin deshacerlas en penumbra, sin abrir en ellas filos de luminosidad”. La luz del aula no es homogénea y omniabarcadora, del mismo modo que el tiempo del aula no puede reducirse a un tiempo lineal, sucesivo, plano y planificador. Para Zambrano, “tiempo y luz son las constantes que encuadran, abren y cierran caminos y horizontes a la vida humana”. Por eso: “el modo de habitar en la luz y en su privación, y el modo de transitar por el tiempo, determinan los modos diversos de ser hombre”<sup>52</sup>.

Pero antes de dar tiempo y luz, el maestro ha dado su presencia. El fragmento que voy a parafrasear ahora es muy hermoso, tiene el dramatismo de una escena teatral, de esas que son decisivas en el desarrollo del drama porque contienen uno de esos momentos críticos de los que depende todo lo que va a venir después. María Zambrano describe un cruce de miradas, silencioso, entre el maestro y los alumnos. El fragmento, como se advierte enseguida, está redactado pensando en un aula universitaria. De hecho, la crisis de la mediación, con la que empieza el texto, hace alguna referencia a las revueltas estudiantiles y al nacimiento, en esos años, de lo que Zambrano llama “el poder estudiantil”. La cita es la siguiente:

¿Qué hacer si se es maestro? ¿cómo mantenerse en su lugar?  
Allá sobre la tarima, ¿cómo subir a la cátedra? La mediación

51 María Zambrano, *Claros del bosque*. Barcelona. Seix Barral 1986.

52 Pág. 25.

del maestro se muestra ya en el simple estar en el aula: ha de subir a la cátedra para mirar desde ella, hacia abajo, y ver las frentes de sus alumnos todas levantadas hacia él, para sentir sus miradas desde sus rostros que son una interrogación, una pausa que acusa el silencio de sus palabras, en espera y en exigencia de que suene la palabra del maestro, “ahora, ya que te damos nuestra presencia, danos tu palabra”. Y aún, “tu palabra con tu presencia, la palabra de tu presencia o tu presencia hecha palabra a ver si corresponde a nuestro silencio”<sup>53</sup>.

El maestro trabaja con la presencia. No solo porque tiene que mantenerse presente, sino también porque tiene que producir, y responder, a la presencia de los alumnos. El maestro tiene que saber estar en el aula, en el lugar que le corresponde en el aula, y tiene que lograr que los alumnos también estén ahí, presentes, en el lugar que les es propio. El maestro dimite de su responsabilidad, dice Zambrano, cuando no puede sostener su lugar y su presencia, cuando siente el vértigo y la dificultad de ese lugar que tiene que ocupar y en el que tiene que presentarse; y abandona su lugar o bien refugiándose en la autoridad establecida o bien queriendo situarse en el mismo plano que los alumnos. Y podríamos decir, también en este punto, que es el aula la que da el lugar, su lugar, tanto al maestro como a los alumnos. El aula es la que pone a cada uno en su lugar, aunque a veces tanto los profesores como los alumnos no sean capaces de sostenerlo (y de sostenerse en él) y busquen que los lugares se difuminen y se confundan o, lo que es peor, se limiten a ocupar meras posiciones administrativas.

Además, puesto que su presencia se hace a través de la palabra, el maestro trabaja también con la palabra o, mejor,

53 María Zambrano, “La mediación del maestro”. Op. Cit. Págs. 111-112.

con la oscilación entre el silencio y la palabra. Dando su palabra, lo que el maestro hace es dar la palabra. Pero no solo, o no fundamentalmente, a los estudiantes, sino a la materia de estudio. El maestro, podríamos decir, da una palabra que no es suya. Y eso porque lo que hace con su palabra es que sea el mundo el que hable, que sea la materia de estudio la que diga alguna cosa. De alguna manera, tanto la palabra del maestro como la de los estudiantes solo tienen sentido si hacen hablar la relación que cada uno de ellos tienen con la materia y, a través de ella, con el mundo.

Para que la mediación sea posible, el maestro tiene que dar tiempo, luz, presencia y palabra. Y es de eso de lo que está hecha el aula. El aula es un dispositivo temporal (un dispositivo en el que se hacen, o se diseñan, o se construyen, formas de temporalidad), un dispositivo lumínico (en el que se da luz, se da a ver; en el que las cosas se descubren, en el que se diseñan y se construyen formas de iluminación y de visibilidad, pero también formas de oscuridad y de opacidad), un dispositivo posicional y presencial (en el que cada uno tiene que estar presente, hacerse presente, mantenerse presente en la posición y la disposición que le es propia) y un dispositivo textual y verbal (hecho de lecturas y comentarios, de palabras y silencios, de preguntas y respuestas, de conversaciones y diálogos).